

licii laudant, hortantur, admonent incessanter fidelem populum. Estas, pues, son las ansias de la Iglesia, estos sus declarados deseos. Mirad, ciegos, mirad, engañados, si os escusa el decir, que una vez sola al año lo manda: mirad, enfermos desengañados, si el decirlo que un bocado siquiera, y ese comido tan sin gana, tan sin disposición os bastará solo para la vida.

En la primitiva Iglesia, en aquellos tiempo de oro los Fieles todos comulgaban todos los días, como lo dá à entender el capítulo segundo de los hechos Apostólicos: *Erant perseverantes in doctrina Apostolorum, & orationibus, & in communicatione fractionis panis.* Si había precepto, lo contravierten los Teólogos, Agradame mas el sentir de nuestro Eximio Suarez: (3. part. dist. 70. sec. 2.) *Fidelium devotio obligationem precepti praeveniebat.* Era tal el fervor, tal la devoción de los Fieles, que sin haber menester precepto, ellos lo prevenían. Pasados luego algunos siglos, yá entibiado el fervor comulgaban cada ocho días, à lo que se cree por mandado de Pio Primero, y del Concilio Nanetense. Fuese con el tiempo resfriando mas la caridad, y por consiguiente la frecuencia de este Sacramento; por lo qual San Fabian, Pontífice (como consta del capít. *Et si consuet. Dist. 2.*) mandó que comulgaran tres veces al año en las tres Pasquas, de Navidad, Resurrección, y Pentecostés; pero yá à la falta de este Pan Divino, mas y mas perdidas las costumbres, echando en olvido el uso de este Sacramento, viendo por una parte su necesidad, por otra nuestra desgana, como decía el enfermo, llegó la Iglesia nuestra Madre en el Concilio Lateranense à decirnos: un bocado siquiera, y à ponernos como nos puso, el precepto de comulgar una vez al año, registrado en el cap. *Omnis utriusque sexus, de Penitent. & Remissionibus;* de modo, que siendo precepto divino de boca de nuestra Vida Christo el recibir el Santísimo Sacramento, la Iglesia nos declara el tiempo, acomodándose solo compasiva à nuestra miseria.

¿Y quién no vé Católicos, retratada aqui la Estatua de Nabuco? La cabeza toda de oro en aquellos primeros Fieles, comulgando todos los días; en los siguientes, que à lo menos cada ocho, el pecho y los brazos de plata; despues, que yá tres veces al año, los muslos de bronce. ¿Y qué nos queda? Las piernas y pies de hierro y barro. ¿Cuántos son los que frecuentan la Comunión? Son tan pocos, tan murmurados de los impios, tan apuntados de los escandalosos, y tan muchos, y tan casi todos, todos tierra, todos barro, que se lleva el viento; ¡oh, no sean que se lleve el diablo!

Este precepto, pues, de comulgar obliga cada año debaxo de pecado mortal, desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de la Pas-

qua de Resurrección, à todos los que han llegado al uso de la razon. Y aun para cumplir esto, ¡qué dificultades, qué largas, qué mentiras, y lo que es peor, qué sacrilegios! ¿Qué macho, pues, que tantos vivan como bestias? Enmorado torpemente un mancebo de una muger casada, y no valiendole para reducirla à sus torpes intentos repetidas trazas, picado, convirtió su amor en odio, y consultando à un hechicero, tubo modo para hacer con arte del diablo, que la pobre muger pareciese à los ojos de todos convertida en yegua. Imaginad qual quedaria el marido con tal mudanza. Hablabala, y no la respondia; queriála arariciar, y le respondia con las coces. Determinó en fin llevarla à San Macario, y así lo hizo, tirandola de una sogá, como se lleva à una bestia. Puesta en presencia del Santo, echandola agua bendita, y haciendo oracion la restituyó otra vez à su propia figura; y dixola entonces: ¿Sabes por qué te ha venido ese trabajo? Porque ha cinco semanas que no recibes la Comunión. ¡Oh, Dios! Pues si por solo cinco semanas que le faltó à aquella la defensa inexplicable del Santísimo Sacramento, pudo conseguir el demonio dexarla en lo exterior con parecer de una yegua, ¡quántos por años enteros de no comulgar, estarán en todo lo interior bestias?

Obliga, pues, el precepto à los que han llegado al uso de la razon. Y aqui, padres, y madres, ¿qual es vuestra obligacion con vuestros hijos? Bien sé que no puede haber regla cierta, despertando unos à los siete años, otros despues, y tambien otros antes; pero los padres, que facilmente lo pueden conocer, ¡qué descuido es tan intolerable el que así los dexan sin este Pan, que es la leche purísima que cria las almas! *Rationabile luc concupiscite.* A estos pequeñitos es à los que llamaba la Sabiduria à su Mesa: *Si quis est parvulus veniat ad me.* Esta edad inocente es en la que Dios quiere hacer los frutos de vida, en la que quiere plantar las azucenas de la pureza; estas criaturas tiernas son las escogidas para aquel Pan, que es de Angeles: *Fruentum electorum;* como leen todas las Versiones: *Juvenum, adolescentium, puerorum, & vinum germinans virgines.* Yo no digo, que si está del todo cerrado todavía el uso de la razon se les haya de dar la Comunión; pero si yá les advierten reparos, dichos, advertencias, y en fin lo que basta à hacer distinción, à formar algun concepto de que distinga con la Fé este Pan Divino, de este pan ordinario, ¿por qué les retardais este Divino Pan? ¡Oh, en cuántas cosas se verifica la queja de Jeremias; *Parvuli petierunt panem, & non erat qui frangeret eis.* Los muchachos piden el pan, à de la doctrina Christiana, à de la Santísima Comunión, y no hay quien se lo dé? ¡Oh, padres! ¡oh, madres! Si para que el durazno salga de hueso colorado basta echar carmin en las raíces, y por

por el contrario, para que los racimos sean venenosos, ha bastado en una vid poner en las raíces veneno: si quando esas criaturas tiernas están puestas al veneno de las compañías, les vais arrimando al corazon el Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios, ¿qué no brotarán de virtudes? ¿qué no darán de frutos sazonados? *Este es,* decía hablando de estos San Francisco de Sales, (Lib. 2. Epist. 50.) *este es un error grande, à mi parecer, diferir tanto este bien en esta edad, en la qual los niños tienen mas discurso à los diez años que teniamos nosotros à los quince.*

Y si, como refiere San Gregorio, hay niño de solos cinco años que se condenó, ¿miren si por los años se puede tantear la malicia? Yo sé que refiere el Discipulo, que un niño de nueve años, à quien le habían negado la Comunión estando para morir, pidiendola con instancia, y llevandole una forma sin consagrar, dixo al punto: ¿Para qué me engañan? que no es ese el Santísimo Sacramento: Alumbrandolo así Dios, para mostrar quanto gustaba de entrar en su alma; y recibió luego muy gozoso el Santísimo Sacramento. Sé que aquella admirable niña Imalda, que refiere nuestro Paulo Barri, siendo de once años, en un Convento de Religiosas, negandole la Comunión, que ella con todas sus ansias pedia, estando de rodillas en el Coro, mientras las Monjas comulgaban de las manos del Sacerdote, voló por el ayre la forma consagrada, y se detubo sobre la cabeza de Imalda; y à tal prodigio, dandole obligados la Comunión, espiró al punto. ¿Qué mejor leche, padres, para vuestros hijos, que à los pechos de Dios la leche de la misma Divinidad? Obliga por ultimo el precepto de comulgar, en el sentir comun, y mejor Teologia, quando estamos en peligro de muerte, en aquel punto: *Quando tribulatio proxima est, & non est qui adjuvet.* (Suar. 3. part. dist. 69.) Quando los aprietos mas espantosos del alma, quando las congojas mas apretadas del corazon, quando los enemigos mas enfurecidos, quando la vida mas atormentada, quando la muerte mas atemoriza, y quando solo Dios es el que puede darnos el socorro, ¿qué es menester precepto? ¡Oh, no nos castigue por nuestras culpas, negandonos en aquel punto la Comunión, no queriendonos admitir entonces à sus brazos! Y siendo este temor justísimo, à esto se han de encaminar nuestros ruegos, nuestras oraciones, nuestras continuas súplicas à pedirle al Señor, que nos conceda en aquel punto el recibirle por aliento de nuestras almas, por defensa de nuestra batalla, por Viatico de nuestra peregrinacion, y por prenda de nuestra Gloria. Así le clamaba la Beata Maria de San Benito, Monja Dominicana, que no comulgó vez que no le pidiese al Señor morir en el punto mismo que lo acabára de recibir, y así lo consiguió dichosa. Sean, pues, estos nuestros fervorosos ruegos; hagamos por este fin nues-

tras buenas obras, para conseguir con esta dicha todas las dichas.

Refiere Cesario, (lib. 9. Mir. c. 49.) que un Soldado de rotas costumbres, acusado de algunos robos ante el Emperador Federico, mandó por esto que lo buscáran, y lo ahorcáran. Así se executó, dexandolo en el campo pendiente de un arbol. Tres días habían pasado, quando pasando por allí un Caballero, reparó al verlo, y oyó que lo llamaba. Retirabase temeroso, y él alzando mas la voz: No temas, le dixo, acercárete, que soy Christiano, y estoy vivo. Acercóse el pasajero, y dixole el ahorcado: Entre las muchas maldades de mi vida, tuve una devoción; que todos los días rezaba tres Padre nuestros, y Ave Marias à la Santísima Trinidad; cinco à las Llagas de mi Señor Jesu Christo, y un Padre nuestro, y Ave Maria en honra del Santísimo Sacramento, que se consagraba en todo el mundo, pidiendole que en el fin de mi vida no me privase de recibirlo; y este es el favor que su Magestad quiere hacerme: baxame de aqui. Baxóle el Pasajero: fue al Lugar mas cercano, llamó al Cura, traxo el Santísimo Sacramento, y habiendose antes confesado, lo recibió, y espiró al punto: divulgóse por la comarca toda con grande regocijo este prodigio, que ojalá nos sirva à todos de aliento, no solo para la frecuencia de este Pan Divino, en que nos vá la vida, sino para clamar siempre à Dios que lo logremos tambien por Viatico, que dignamente recibido nos lleve à la Gloria.

PLATICA XI.

De la frecuencia del Santísimo Sacramento.

A 18. DE JULIO 1694.

Aditile gozos al que tiene la misma Gloria por esencia, adelantar regocijos al centro mismo de las delicias, à Dios, que si mismo abraza toda una infinita Bienaventuranza, aumentarle deleytes, como una pequeña criatura podria alcanzarlo? ¡qué noble empleo de toda una vida! ¡qué feliz empresa de toda un alma! ¡qué dichoso logro de todo un sér, si el conseguirlo no pareciera imposible! Pues para mostrarlo facil atendamos primero à Plutarco, Cierito Canio, valentísimo Musico, y en tocar una flauta de primor incomparable; vivia por eso de andarse por las casas de poderosos tocando en los festines su instrumento, que le pagaban, al paso que suspensos los deleytaba con su harmonia. Pero era tanto mayor el deleyte que el mismo Canio sentia al oír él su mismo instrumento, que solia decir en secreto, que si los oyentes le espíaran el corazon, y le vieran el alma

quando él estaba oyendo su misma música, en vez de pagarle à él, le hicieran à él pagar el oírlo; le dieran por premio de lo que ellos gozaban, lo que él de mayor gozo recibía. Nada mejor explica quanto mas se goza Dios al habernos bien, que nosotros el recibirlo; de modo, que si à su infinito gozo, si à su inmensa Bienaventuranza pudieramos aumentarle las glorias, solo sería dándole ocasion de exercitar repetidamente su infinita beneficencia, trabando así con la liga de oro la gracia, lo que supo tambien enlazar con amoroso nudo la naturaleza. ¿Qué es ver à una madre con el hijuelo à sus pechos, ella dandose los, con qué gusto! y el rapáz chupando ¿con qué ansias! ¿Y quién de los dos, pregunto, hace el beneficio? ¿La madre al hijo, ó el hijo à la madre? Le dá ésta en la leche el sustento, y la vida; pero si aquel no mamá, detenida en los pechos la leche, le causará tantos dolores como gotas, siendo el descargarle los pechos, si para el hijo sustento, para la madre alivio; si para el rapáz regalo de su golosina, para la madre delicia la mayor de su deseo. ¡Oh, vinculo del amor, quanto mejor en la gracia cumplido! *Significatur gratia lacte*, dixo admirablemente San Eucherio: (apud Barr. *Recreat. Sab.*) *Hoc enim est in carne gratuitum, ubi mater non querit accipere, sed satagit dare. Hoc mater gratis dat, & contristatur, si desit qui accipiat.* Así, pues, miro yo à nuestra Vida Christo en aquel Divino Sacramento, en que puestos à los pechos de Dios: *Ad ubera potamini*, nos dá aquella leche purísima, *Rationabile lac*, en que antes creía yo que el llamarse leche era solo porque nos dá el primero, mas puro, mejor sustento de la vida; mas ya veo que es porque la leche, quando la dá la madre al hijuelo, *non querit accipere, sed satagit dare*; la dá tan à lo generoso, que no buscando retorno, solo el que continuamente la reciba el niño, eso tiene por su mejor paga; y teniendo su mayor gusto en que el hijuelo repetidas veces se le aplique à los pechos ansioso, solo se entristece quando no mama: *Et contristatur si desit qui accipiat*. Estos, pues, son los deseos ardientes de nuestra Vida Christo, quando en aquel Sacramento nos dá la Leche divina por sustento: *Significatur gratia lacte*; que como el niño, quando él recibe la vida le aumenta à la madre el regocijo; así à su Magestad le paguemos, aumentándole las glorias solo con recibir en la frecuencia de aquel Divino Sacramento sus admirables beneficencias: *Non querit accipere, sed satagit dare*.

Esta frecuencia, pues, de recibir la Santísima Comunión, en que está toda nuestra vida, en que estriva nuestra fortaleza, en que nuestro crecer consiste; esta frecuencia, que toda la Iglesia la aclama, que todos los Concilios la exhortan, que todos los Santos Padres la persuaden; esta frecuencia, que tantas virtudes ha plantado

en las almas, que tantos provechos ha adelantado en las virtudes, que tantas almas ha dado, y está dando à Dios, es el punto de nuestra Doctrina, el aplauso del Cielo, el regocijo de los Angeles, la mejora dichosa de la Christiana República, y todos los deseos del Hijo de Dios, que habiendolos expresado con sus voces, que habiendolos mostrado con admirables efectos, los ha confirmado con tantos prodigios; ya dando por su mano propia la Comunión à no pocas almas, à quien indiscretamente se la negaba su Cura, ya por ministerio de Angeles à una Catalina de Sena, à una Liduvina, à una Coleta, y à otras innumerables almas. Y si ello vemos, y no puede negar nuestra Fé, que en frecuentar este Sacramento está nuestra vida, ¿qué he de gastar tiempo en argumentos? Digan los que lo frecuentan sus provechos, y confiesen los que lo tienen olvidado sus daños; y si habla la verdad, cesando bachillerías de la impiedad, triunfará victoriosa la Fé.

Hablé, pues, ya de lo que es precepto, hablo ahora de lo que es razon: dixé de la obligación, digo ahora de lo que es conveniencia, utilidad, y provecho: ¿pero cuáles son las personas que deben frecuentar, y recibir à menudo la Santísima Comunión? ¿Cuáles son? ¿Qué buena pregunta, de que penden errores tan intolerables, daños tan indecibles! Ha introducido el demonio en muchas almas, ha hecho el infierno en corrillos, y conversaciones de legos materia de sus parlars un error torpísimo, una crasísima ignorancia, que la pronuncian hombres del todo idiotas, tan seguros como si pronunciarán un dogma de la Fé; y es, que para frecuentar la Comunión, es menester ser muy santos, que un hombre que trata de negocios, que una muger que tiene à su cargo marido, criados, hijos no puede ir con frecuencia à la Iglesia: que quien no trata de perfeccion no ha de andar cada dia comulgando: que ir à la Iglesia, y tener luego en casa impaciencia, en las conversaciones, ó la murmuracion, ó el dicho picante, no cabe; y en fin, que solo se queda para los muchos (como por irrisión llaman à los virtuosos) el recibir à Dios; como si el recibirlo no lo hubiera dexado Jesu Christo para los Christianos. ¡Oh, silvos los mas venenosos de la infernal serpiente! ¡Oh, ladridos de rabiosos perros, en que mostrando zelo, arde la rabia de la envidia! Oíd, Catedráticos de pestilencia, quienes son los que deben frecuentar este Santísimo Sacramento.

Y no os quiero citar ahora à los Augustinos, y Ambrosios, à los Chrysostomos, è Hilarios, y à todas esas columnas de la Iglesia, que todos conspiran à esta frecuencia; dexolos todos, y oíd à solo un Prelado, un Oráculo de nuestro siglo: por su saber, admiracion del mundo: por su doctrina, digna veneracion de la Iglesia: por su santidad, que porque anda en romance, à este os

ci-

citan, San Francisco de Sales (*Introd. à la vida devota*, p. 2. c. 21.) En nombre de este gran Padre os respondo à todas vuestras bachillerías por las almas que tanto motejais, y murmurais: *Si los mundanos te preguntan (dice) ¿por qué comulgas tan frecuentemente? Respondelas, que por aprender à amar à Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, por fortificarte en tus flaquezas. Diles, (aqui quiero vuestra atencion) que dos suertes de gentes deben comulgar à menudo: los perfectos, porque estando bien dispuestos, harian mal si no se llegasen al manantial, y fuente de la perfeccion; y los imperfectos, para poder justamente aprender la perfeccion. Los fuertes, para no venir à ser flacos; y los flacos para hacerse fuertes. Los enfermos, para verse sanos; y los sanos para no estar enfermos.* Estas son las palabras de un Oráculo; ¿qué opondis? ¿Si es por imperfecciones, y culpas; el que baja à obscurecer una escalera, no pide luz para no caer? ¿El que cae en una cama enfermo, no llama al Medico para sanar? ¿El que se manchó el vestido, no lo envia al agua para lavarlo? ¿El que padece sed no acude al jarro para sosegarla? Pues si en aquel Sacramento está la luz, esta la medicina, está el agua que lava, el agua que sacia, y deleyta, ¿para qué es escusarse con mentiras? y lo que es peor, querer asentárselas por dogmas, ¿qué es menester ser Santo para llegar à la Comunión? Antes digo, que si alguno en la verdad fuera Santo, ya no la necesitaba tanto como la necesitan los pecadores, y los enfermos: *Non est opus valentibus Medico, sed malè habentibus.* No llamais al Medico quando estais sanos, ni pone entonces los pies en vuestra casa; pero en estando enfermo vá el Medico, y todos los dias, y muchas veces. Ya lo veo; pero es tanta mi fragilidad que cada dia ando cayendo, y levantando; y si no duro, y permanezco en mis propósitos, ¿para qué he de andar comulgando? Por eso mismo, para poder durar, para poder permanecer. Por eso, porque siendo repetidas las caídas, sea para la salud la medicina repetida. *Debeo illum, (dice San Ambrosio, lib. 4. de Sacram. cap. 6.) panem caelestem semper accipere, ut semper mihi peccata dimittantur; qui semper pecco, semper habere debeo medicinam.* Allá, aun à lo politico, Seneca, (*Epist. 47.*) aconsejando à su Lucilo cuáles han de ser los comibidos de su mesa: *Quidam cavent tecum, le dice, quia digni sunt, quidam ut sint.* Combida à los unos, porque lo merecen; à los otros, porque viendo tu agasajo lo merecan; los unos porque son dignos, los otros para que lo sean.

Ahí está el punto, me replican, ¿que quién es digno de recibir à un Dios? ¡Oh, qué humildad, si no se le vieran las uñas! En breve lo respondo: Si se habla de la dignidad, cuánta merece el Hijo de Dios por sí, nadie es digno, na-

die, ni los mas altos Serafines; pero esa no nos la pide. Si se habla de toda aquella dignidad que un hombre pudiera conseguir con mas, y mas pureza, con mas, y mayor perfeccion, gran dicha fuera alcanzarla; pero no es obligatorio, no nos lo manda. Con que queda, que si se habla del ser digno por tener el alma limpia de pecado mortal, ò de afecto à él, ésta se consigue en una Confesion verdadera, y arrepentida. Así lo define, sin que nadie pueda dudarlo, el Santo Concilio de Trento. Ahora, pues, ¿dónde están los imposibles? ¿dónde los embarazos? Hablemos claro: si es porque la torpeza domina, si es porque lo ageno no quiere restituirse, pregunto: ¿el dilatar la Comunión para cada año es el remedio? Es ese estar todo un año en pecado mortal, disponerse bien para comulgar la Quaresma? Y si entonces no se dexa la torpeza, ¿dónde está la dignidad con que se comulga? Y he aqui descubiertas de aquella mentida humildad las uñas, y uñas de demonio. Y si aun al año, por no haber disposicion, la Comunión se dexa; ¿dónde está la vida? *Nisi manducaveritis carnem filii hominis, & biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis.* Palabras son, ò rayos del mismo Jesu Christo.

Ya; pero hay tanto que hacer, tantas ocupaciones, y negocios, que no hay lugar de nada; eso de andar comulgando cada dia es para los ociosos. Volved à oír à San Francisco de Sales: *Diles, que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar à menudo, porque tienen la comodidad; y los que tratan negocios de la tierra, porque tienen necesidad, y que los que trabajan mucho, y están cargados de penas, deben comer viandas sólidas, y frecuentes.* ¿Qué discreto, y qué agudo! ¿Hay negocios, hay dependencias? ¿Pues quando mejor se ha de buscar la luz para su acierto, se ha de buscar à Dios para su logro? ¿Fatigan cuidados, y aflicciones? ¿Quando mejor ocasion de buscarles el consuelo, y el alivio? Venid à mí, dice Jesu Christo, todos los que trabajais, y estais cargados: *Ego reficiam vos*; y yo os daré un sustento que sea para todo; que os alivie, que os consuele, que os dé los aciertos, que os asegure los logros; de modo, que los cuidados, y negocios en los unos, el trabajo, y las fatigas en los otros, no es excusa, antes mayor obligacion que de ocho dias una mafiana, no quitando tiempo, asegura una eternidad; pero quien vive en el mundo tan perdido, con tantas ocasiones, ¿cómo ha de poder reducirse? ¿Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena? ¿Cómo podemos cantar, decían los Israelitas, los cánticos de Sion en Babylonia? Pero advertid, que lo decían no porque estaban en Babylonia, sino porque en Babylonia eran esclavos, y cautivos: que en Babylonia ya estaba Daniel, quando todos los dias tres veces doblaba las rodillas al Templo de Jerusalén; en Babylonia

nia

nia estaban aquellos tres niños que cantaron al Señor el cántico de alabanzas.

Alto, pues, en dos palabras, deben frecuentar la Comunión todos los Christianos, todos, sin excepción de ninguno: los pecadores, para dexar de serlo: los justos, para serlo mas: los ocupados, para alivio: los desocupados, para su mas dulce entretenimiento: los casados, para mejorarse á sí, y á sus familias: los solteros, para enderezarse mejor á su estado; y otros, en fin, para todo: y esto lo convence la Fé, lo muestra la razon, lo confirman cada dia los provechos, ya que los que por perdidos no lo frecuentan, no les persuade la voluntad, á lo menos convencido el entendimiento, enmudezcan lenguas maldicientes: cese tanto blasfemar contra Dios, y vayanse al infierno solos, sin hacerse agentes del demonio contra las almas que buscan á Dios. Una Religiosa, con buen zelo, murmuraba de la otras Monjas, que comulgaban á menudo, y rogando por ella Santa Gertrudis, la dixo el Señor: Siendo, hija, mis delicias estar con los hijos de los hombres, qualquiera que á alguno, que no está en pecado mortal, ó con palabras, ó con persuasiones lo aparta de recibirme, ese me impide, y me quita mis delicias, y mi regalo. ¿Y cómo lo venga su Magestad? (Sur. in Vir.) Paréciale mal á su Abadesa las frecuentes Comuniones de Santa Lutgarda: Prohibióselas; y la Santa: Yo, Madre, haré lo que me mandas; pero echo de vér mi Esposo Jesu Christo lo ha de vengar en su cuerpo. Asi fue; pero de comulgar Lutgarda, y empezóle á la Abadesa al punto un dolor tan agudo, tan grave, que atandola al brete de la cama, no la dexaba salir de su Celda. Asi pagó atormentada, hasta que conociendo su yerro, dexó comulgar á Lutgarda. ¡Oh, cómo pienso, que si no así, en desdichas, en pérdidas, en malogros pagan muchos maridos impios, que debiendo fomentar la piedad, les estorvan á sus mugeres la Comunión, andando muchas como la paba, escondiendo al empollar los huevos, porque el pabón, como bestia, no se los quiebre, como lo tiene de costumbre. De los que murmuraban, y mofaban de Santa Catalina de Sena sus frecuentes Comuniones, una muger, acabando de mofarla, llegó á su casa, adoleció de muerte, y sin recibir los Sacramentos espiró. Otro, de repente se volvió frenético.

Ya, pues, á vosotros hablo, almas generosas, almas nobles, aliento á recibir con frecuencia este Divino Pan. ¿Os detiene alguna vez vuestro encogimiento pareciendos indignas? Despreciado, que es tentacion. Asi la padecia una Santa Monja, que habiendose retirado un poco por eso, orando por ella al Señor Santa Matildis, oyó que la decia á aquella Monja su Magestad: ¿Qué me buyes, oh, amadísima mia? Ea, alientate, llega con confianza á la Omnipotencia del Padre, que te confirme: á la Sabiduria del Hijo, que te alum-

bre: á la Bondad del Espíritu Santo, que te tranquilice el corazón. (Haut, n. 602.) ¿Os retarda alguna vez el que os parece estais tibias, secas, y sin ternuras? Oid á San Buenaventura: (Lib. de Proces. Relig. proc. 7. c. 21.) Licet tepide accede fiduciatiter confidens de misericordia Dei; quia quod magis æger magis indiget Medico. Aunque sea con tibieza, llega con confianza, que la misericordia de Dios allí te avisa, que quanto mas enfermo, estás mas necesitado de Medico. ¿Os retarda la batalla de tentaciones, el tropel de pensamientos? Asi lo padecia al comulgar Santa Catalina de Bolonia; pero estando el afecto firme en Dios, la aseguró el mismo Señor, que nada de eso estorbaba á conseguir en este Sacramento la gracia. ¿Os amedrentan, en fin, esas voces murmuradoras del Infierno? Solo os pregunto: ¿quién al fondo de un pozo rehusará baxar á coger una joya de diamantes, de miedo de que está el agua fria? Desprecia esas frialdades de helados corazones, y lograd la joya, en que os vá el valor de la vida.

Yo no me meto en determinar desde aquí para todos quanta haya de ser su frecuencia; si cada ocho, si cada tres, si cada quince dias. Allí los Padres Confesores, segun el estado, y las circunstancias lo determinen. Y solo concluyo con el citado Serafico Varon San Francisco de Sales: Comulga á menudo, Philotéa, y las mas veces que puedas con el consejo de tu Padre espiritual; y creame, que como las liebres se vuelven blancas en medio de nuestros Alpes en el Invierno, porque no ven, ni comen sino nieve, así á fuerza de adorar, y comer la hermosura, la bondad, y la pureza misma en este Divino Sacramento, te verás toda bella, toda buena, toda pura. Dos estudiantes devotos, (Bed. mil. 123.) estando un dia tratando de la muerte, concertaron entre sí, que si les fuese concedido de Dios, el que muriese primero, habia de dár cuenta al otro del estado en que estuviere. Murió en breve tiempo el uno, y á los diez y siete dias, le apareció al otro con gran resplandor, y hermosura; y preguntándole su estado, dixo: Por la misericordia de Dios estoy en estado de salvacion; y gozo de los bienes eternos del Cielo. Dime, amigo, le replicó el otro: ¿en qué agradaste mas á Dios quando vivias en la tierra, y con qué conseguiste mas gloria? Y respondióle: En frecuentar los Sacramentos, y procuraba quando comulgaba, ir con mucha devocion, y libre de toda culpa; y con esto desapareció, dexando á su amigo con tanto gozo, como alieno para imitarlo. ¡Oh! y si lo obráramos todos para ir acaudalando con la frecuencia de este Divino Sacramento, unos á otros los tesoros de la gracia que vamos á gozar en la Gloria.

PLATICA XII.

De la Comunión espiritual, su provecho, y su facilidad.

A 15. DE JUNIO DE 1694.

Lo mas facil de conseguir en la vida, siendo juntamente lo mayor que caber pueda en el deseo, ¿quál será? ¿Qué cosa será aquella, que al paso que es su valor inestimable, con todo eso, sin que cueste, ni diligencias, ni fatigas, ni cuidados, ni pasos se puede conseguir? ¿Aquella, que solo, solo se alcanza con un querer? Cosa admirable! Busquemoslo en el pensamiento, averiguemoslo con el discurso, y no lo hemos de hallar en todo el mundo: solo Dios es el que así con solo querer se alcanza; y de Dios abajo aun las cosas mas viles cuestan cuidados, aun las mas despreciables se compran á fatigas. Enferma yacia Santa Matildis; (Haut, n. 914.) y de los dolores de su lecho, nada la afligia tanto como vér que las otras Monjas iban al Coro á recibir la Santísima Comunión, quedandose ella sin poder recibirla. Levantó los gemidos de su corazón al Señor; y al punto viendo á su Magestad en un hermoso trono sentado, vió que se levantaba diciendo: Propter miseriam inopum, & gemitum pauperum nunc exurgam. Y viniéndose para ella la dixo: Quando así gimes por mí, me atraes, y me tiras á tí. Ves aquí, que por vil, y despreciable que sea alguna cosa, qual es una paja, no puede el hombre conseguirla solo con un querer; pero á mí qualquiera con un solo deseo, con un solo gemido puede conseguirme, y tenerme por suyo. Ecce quantamcumque res aliqua sit vilis, & abjecta, ut est festuca, homo eam sola voluntate non adquirit; me vero quilibet voluntate, aut gemitu unico habere potest. ¡Oh, qué palabras de tanto consuelo, y aliento; como justo temor tambien de nuestro mayor cargo! Nada hay en el mundo, nada que no nos cueste mas, que no puede costar el conseguir á Dios. Al que tiene sed, un jarro de agua, ó le ha de costar pasos para alcanzarlo, ó á lo menos el mover siquiera las manos, y los labios para beberlo. Una paja que está caída, y tirada en el suelo, no basta quererla solo, se ha de bajar el cuerpo, se ha de baxar la mano á levantarla; mas para tener á Dios, para traer, alma, todos los infinitos bienes de la Divinidad, ni menear un pie es menester, ni mover una mano, ni aun abrir los labios, y basta solo un querer eficaz, una voluntad ardiente, un deseo fervoroso, y no mas. Pues si deseos solos bastáran para adquirir el oro, y la plata, ¿quántos fueran hasta lo sumo ricos? Si solo el querer consiguiera puestos, y digui-

dades, ¿quántos serían sin termino poderosos? Si la voluntad sola fuera la que lograría los bienes de la tierra, ¿quántos hubiera por todos extremos felices? Y si tantas fatigas, desvelos, amarguras, y trabajos cuesta lo que aunque mucho se quiera, nunca se consigue, ó aunque se consigue se pierde, ¿qué nos retarda á querer lo que con un querer solo nos es todos los bienes juntos?

Ahora, pues, esto en que todo es cierto, en la Comunión espiritual lo quisiera mostrar más á la mano facil, y mas al lógro provechoso; uno, y otro se junta en la Comunión espiritual para no dexarnos excusa su facilidad, y su provecho. Distingue, pues, el Santo Concilio de Trento, (Ser. 13. c. 8.) tres modos de comulgar, y recibir el Cuerpo de nuestra Vida Christo. El primero, de los que le reciben solo sacramentalmente; esos son los que con el alma en pecado, con el entendimiento, y atencion del todo divertida, aunque se llegan á la reja, aunque reciben la Sagrada Forma, no reciben la gracia, que comen su condenación. Otros, que comulgan sacramental, y espiritualmente, que con el Sacramento que reciben, quiero decir, juntan la espiritual disposición en la pureza del alma, en la reverencia, en la Fé, en el deseo santo; esos se llevan toda la flor de la virtud, toda la nata de la gracia. Mas todavia hay otra Comunión, que llamamos espiritual. ¿Y qué Comunión es esta? Es, dice el Santo Concilio, (Suar. in cap. 62. sect. 1.) un deseo eficaz, (se entiende verdadero) fervoroso de recibir, aquel pan del Cielo, que junto con una Fé viva, que por la caridad obra, hace que los que así espiritualmente comulgan, logren en su alma el fruto, y utilidad de aquel Divino Pan. Esos, pues, comulgan solo espiritualmente, dice el Santo Concilio: Qui vota propositum illum Celestem Panem edentes, Fide viva, que per dilectionem operatur, fructum ejus, & utilitatem sentiunt; de modo, que Comunión espiritual no es otra cosa, que un deseo vivo, una hambre dichosa de comer aquel Pan del Cielo, acompañado de la Fé, que conoce, y adora lo que allí se esconde, avalorado de la caridad, si el alma está en gracia; y si no, con un acto de contrición prevenida, con que logra provechos indecibles.

Esta es, pues, la Comunión espiritual. Y ahora, si tantas almas, que desean aprovechar, andan buscando devociones, rezos, y oraciones prolijas, y aun tal vez peligrosas, ¿qué devoción puede haber que á esta llegue, despues del uso de los mismos Sacramentos? ¿qué atajo mas facil para ir ganando gloria? ¿qué provecho mas imponderable? Aquí quiero yo á los ocupados, á los enfermos, á los que tantas excusas alegan para no hacer tan frecuente la Comunión Sacramental; ¿qué excusas quedan para no usar todos los dias esta Comunión espiritual? ¿qué de un querer fervoroso consiste, que en un acto de

Fé se asegura, que en un año de contrición se perfecciona. ¡Oh, mi Señor, decía la Venerable Juana de la Cruz, y qué buen modo de comulgar es este, sin ser vista, ni registrada; sin dar cuidado à mi Padre espiritual, ni tener con quien cumplir mas que con Vos, que en soledad sustentais al alma con vuestros pechos, y la hablais allí al corazón! ¡Oh, qué facilidad tan dichosa, que ni es menester pedir licencia al Confesor, que no viendolo nadie, no hay el temor de la nota, ò la murmuración, que una persona se comulga quando quiere, y quantas veces quiere al día, esté en la Iglesia, ò en su casa, haya gente delante, ò no la haya; qué no es menester estar en ayunas para hacer esta Comunión! qué à qualquier hora del día puede hacerse: que el mas ocupado en un brevisimo rato, solo con excitar el deseo de aquel Pan Divino, con avivar la Fé, con arrepentirse de veras de sus pecados, puede tan breve conseguirlo: que el impedido, ò porque le prohiben la Comunión Sacramental tan frecuente, ò porque lo tienen otros embarazos, puede sin ningun embarazo lograrla, que el enfermo, que no puede ir à la Iglesia todos los días, que sus achaques, no solo le molestan, sino le impiden la mejor dicha del Sacramento, puede desde su cama, puede entre sus gemidos acaudalar à su alma tantos provechos, repitiendo esta Comunión espiritual por instantes. ¡Oh, facilidad prodigiosa! ¿Quién habrá que de esta Comunión espiritual se escuse? y mas aquellas almas que viven con temor de Dios con frecuencia del Sacramento, y con deseos de servirle.

Por eso la Venerable Juana de la Cruz, que llena de estupendos favores del Cielo, de visiones, y maravillas admirables, con todo eso no se juzgaba digna de comulgar sacramentalmente todos los días, desquitaba su amor con esta Comunión espiritual tan por instantes, que toda su vida, dice su Historiador, toda su vida era una espiritual Comunión continuada, de que tanto se agradaba el Señor, que la mostró con estupendas maravillas. Y entre otras una, oyendo la campanilla al alzar, estando fuera de la Iglesia en el Claustro, puesta de rodillas al punto con aquellos sus deseos ardientes, la pared de la Iglesia que le estorbaba, se abrió de repente, estandose abierta mientras adoró la Hostia, volviéndose luego à cerrar, y dexando hasta el día de hoy en la juntura la señal de la maravilla. Asi tambien la Beata Agueda de la Cruz, Monja Dominica, de modo ardía en el amor, y deseo de aquel Sacramento, que si su Confesor no le hubiera enseñado este modo de Comunión espiritual, le parecia que no podia vivir; y por eso comulgaba espiritualmente cien veces cada día, y otras cien veces à la noche. ¡Oh, almas dichosas, en qué se divierten las que pudiendo con tanta facilidad no os imitan! ¿Qué devoción mas facil, qué exercicio mas dulce, y qué entretenimiento mas provechoso?

Bien sé que me pondrán embarazos almas escrupulosas, que aun para cada Comunión espiritual querrian primero confesarse tres veces; mas ya he dicho, que un arrepentimiento de contrición verdadera basta, sin ser menester para la Comunión espiritual andar buscando el Confesor. Y si bien al oír la Santa Misa es la coyuntura mas à propósito para este exercicio tan provechoso; pero el repetirlo aun en casa, aun en medio de los cuidados, aun entre los embarazos de la familia, será multiplicar los provechos, quando por esos embarazos no se puede conseguir tan à menudo la Comunión Sacramental. A Santa Gertrudis, (Haut. n. 915.) una vez que detenida del achaque, y de la obediencia, no pudo con las demás Monjas recibir el Sacramento, comulgando espiritualmente, le dixo luego el Señor que habia conseguido ella mas gracia que las otras todas. Cierto es, y definido por el Santo Concilio de Trento, (Ses. 13. c. 8.) que por la Comunión Sacramental se consigue mucha mas gracia *ex opere operato*, que por la espiritual, donde la gracia toda que se consigue, es solo por lo que obra el que la hace; pero en este, tal puede ser el fervor, tanta la eficacia del deseo, tanta la fineza de la caridad, que avanteje al que tibio, remiso, y con imperfecciones recibe el soberano Sacramento. Asi el Señor le dixo un día à la Venerable Juana de la Cruz, que todas las veces, que todos los instantes que ella comulgaba espiritualmente, recibia en su alma la misma gracia que huviera recibido si comulgara realmente. Tanto puede ser el fervor, que consiga lógro tan admirable.

Algo lo dá à entender este suceso. Un Santo Lego de San Francisco, enviado de su Guardian el Jueves Santo à pedir limosna, obedeció con esperanza de que volveria à tiempo de poder comulgar; mas detuvoose tanto, que quando volvió, habian ya comulgado todos, y acabados los Oficios. Quitóse sus alforjas, fuese à la Iglesia triste, y afligido, y puesto de rodillas ante el Santísimo Sacramento, con tan ardientes deseos como lagrimas, suplicaba al Señor le concediese el recibir en aquel día tan grande su Santísimo Cuerpo. El, que perseveraba en sus ansias, y la Custodia, que sin que nadie la llegara se fue abriendo, vió salir un niño pequeño, y hermosísimo, empezó à pasear por el Altar, y conforme se paseaba, iba por instantes creciendo, hasta llegar à estatura perfecta de varon, enaaminandose luego ácia el devoto Lego, y él humilde, encogido, y temblando, no hacia sino retirarse, y el Señor à seguirle: fuese retirando hasta la misma puerta de la Iglesia: entonces, alcanzandolo el Señor, le besó amorosamente la frente, de que sintió tanta suavidad, que cayó en tierra todo fuera de sí, donde le hallaron los Frayles, y en una losa estampadas las plantas de nuestro Redentor. Este regalo, estas delicias lo-

gró

y para ir à acompañar à los Angeles en la Gloria.

PLATICA PRIMERA.

DEL SANTO SACRAMENTO de la Extrema-Uncion, y sus admirables efectos.

A 25. DE AGOSTO DE 1694.

EL mejor amigo se conoce en el mayor aprietito. Es la fina amistad como el oro, que al toque muestra sus quilates, que à la prueba ostenta su valor, y tan realzado, que no hay comparación al precio de un amigo, que en la mayor tribulación mantiene su fidelidad: *Amico fidelis nulla est comparatio.* (Ec. 8. v. 15.) Y ya si por lo mayor del aprieto hemos de conocer qual es de todos el mejor, y mas fino amigo, en aquella tribulación la mayor en que todos los amigos juntos nada pueden, ¿qual será aquel amigo que entonces solo nos asista? *Deus meus es tu*, decía estremecido al pensarlo David. (Ps. 21. vers. 12.) *Ne discesseris à me. Quoniam tribulatio proxima est, quoniam non est qui adjuvet.* ¡Oh, Señor, tu eres mi Dios, no te apartes de mí en aquella tribulación, digo, la suprema, como la última de la vida, quando ya en la batalla mas terrible de la muerte; los padres nada pueden, por mas que lo deseen; los parientes nada socorren, por mas que lo busquen; los hijos nada consiguen, por mas que lloren; los amigos nada alcanzan, por mas que lo sientan; los Medicos nada esperan, por mas que lo estudien: *Non est qui adjuvet*, quando nadie hay que nos pueda ayudar; ¿qué amigo nos queda? Solo entonces nuestro amabilísimo Redentor, que no contento con habernos por todo el discurso de la vida, prevenido el socorro à las necesidades en sus Sacramentos, nos lo previno hasta el ultimo punto de la mayor tribulación: *Adjutor in opportunitatibus, in tribulatione.* (Ps. 9. v. 10.) No contento con habernos dado la vida en el Bautismo, su fortaleza en la Confirmación, su sustento en la Eucaristía, el reparo de las queiebras en la Penitencia; para entonces, quando faltandonos ya los alientos, quando postradas las fuerzas, quando cercandonos de la muerte las congojas, aun no nos desampara: *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.* (Ps. 70. v. 9.) No me dexes, mi Dios, no me dexes quando los alientos me falten, quando los dolores me cerquen, quando turbada la razon, confusos los sentidos, faltas las fuerzas, crecidas las congojas, no me desampares: *Ne derelinquas me.* Asi se lo pedia David ansioso, y eso es lo que à nosotros nos asegura en el Santo Sacramento de la Extrema-Uncion. Por no dexar, dice el Santo

Iii

Con-